

Libros

ANTONIO DE
LEÓN Y GAMA

LAS PRIMERAS NOTICIAS SOBRE LA "COATLICUE", Y EL "CALENDARIO AZTECA"

Por Alejandro de Antuñano M.

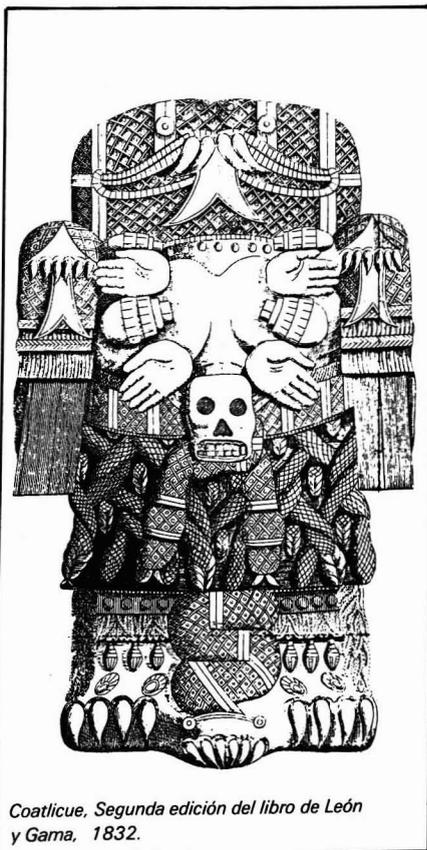
El día 13 de agosto de 1790, con ocasión de empedrar la plaza mayor de la Ciudad de México, se descubre a las dos de la tarde la monumental escultura azteca que hoy conocemos con el nombre de Coatlicue. Para el 4 de septiembre a las doce de la noche se suspende y pone en posición vertical utilizando un aparejo real a doble polea, y para el 25 de ese mes, se saca de ese lugar y se coloca enfrente de la segunda puerta del Palacio Real, de donde por sugerencia del Virrey Conde de Revillagigedo, se traslada a la Real y Pontificia Universidad de México.

El 17 de diciembre se redescubre a poca profundidad el "Calendario Azteca" o piedra del Sol, que el segundo arzobispo de México, Fray Alonso de Montúfar, inquisidor e iniciador de los primeros juicios de herejía contra las letradas monjas de Nueva España, manda ocultar, dándole simplemente la vuelta, para que no se le vea el complicado relieve, pues sólo esto permite su peso y para enero de 1791, Juan de Dios Morales, peón de las obras de remozamiento de la Gran Plaza, descubre el sepulcro que contiene la osamenta de un coyote o lobo adorado por los mexicanos con el nombre de "chantico", finos objetos de cerámica, dijes y algunos cascabeles de cobre fundidos en forma de pera.

No cesan los hallazgos en ese sitio: el 14 de enero y el 18 de junio de 1792 nuevos objetos acrecientan el legado. Los ídolos nutren de nueva cuenta la conciencia de lo mexicano. De los boquetes de la plaza surgen por vez primera descomunales espejos de piedra gris a los que la ciudad se asoma y al

tiempo se refleja. Las sospechas del sabio Antonio de León y Gama son correctas. Los años de espera dan ahora sus pétreos frutos. De la plaza mayor brotan los testimonios de "la Antigüedad Mexicana" y es la casualidad la que rubrica el pensamiento de León y Gama. Éste, sorprendido por los hallazgos, se propone en una primera etapa sacar sólo copia exacta de Coatlicue, que en su opinión expuesta al público y sin custodia alguna, pelagra. Al ver la conveniencia de publicar la explicación del monumento, sobre todo con el propósito de preservarlo a la memoria colectiva en caso de su temida pérdida o destrucción, decide incluir en el estudio también el "calendario Azteca" para dar así, luces sobre estas dos primeras piedras a la "literatura anticuaria". En el estudio incluye también el método de dividir el tiempo según los antiguos mexicanos y otras naciones de la nueva España, y la explicación del sistema de los calendarios de los indígenas.

León y Gama termina el manuscrito "Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras" en agosto de 1791; para principios de junio de 1792, la extensa descripción -116 hojas impresas y 3 grabados- se halla en circulación. Traducida al italiano por el ex-jesuita Pedro Márquez, se publica también en Roma en el año de 1804 en la imprenta de Salomoni con 184 páginas y 2 grabados.



Coatlicue, Segunda edición del libro de León y Gama, 1832.

Entre el 13 de agosto de 1790 en que se descubre la Coatlicue y principios de junio de 1792 en que León y Gama publica su trabajo, en la imprenta de Zúñiga y Ontiveros, ninguno de sus contemporáneos se ocupa de estudiar los hallazgos y menos aún de formular o publicar sus hipótesis. A lo sumo se ocuparán los más curiosos, señala León y Gama, en "admirar sus volúmenes".

Pero el 12 de junio, a los pocos días de conocerse el trabajo de León y Gama, la Gaceta de Literatura de José Antonio Alzate señala que las láminas que describen las Dos Piedras son exactas, pero se duda de la exactitud de su interpretación; añadiendo que otro anticuario pensaba de distinta manera, "previniéndose para decir lo que sentía". El anticuario era Alzate. León y Gama, que hasta antes de las impugnaciones tiene el proyecto de continuar su descripción histórica con el análisis de los objetos encontrados posteriormente se ve obligado a responder. En su objeción publicada en la Gaceta de México el 26 de junio, señala que admitirá de buen agrado las "nuevas luces que se le ministrarán" y repondrá enteramente su sistema, pero siempre y cuando el "nuevo anticuario" presente su sistema "con igual o mayor fundamento que el que se hallaba en su descripción histórica y cronológica".

José Antonio Alzate contestó en dos números de La Gaceta, del 13 y 31 de julio, las que León y Gama estimó sus opiniones llenas de "ridículas y satíricas expresiones ajenas de un juicioso crítico", y resolvió en consecuencia no continuar sus trabajos. Espera por otra parte que como por ahí se dice, realmente Alzate, el "nuevo anticuario", publique un trabajo que corrija el suyo. Para 1794 aún no se tienen noticias de Alzate, y León y Gama decide continuar el proyecto contestando primero a las objeciones de Alzate. Estas objeciones eran de toda clase: que diera León y Gama la clave para descifrar o adivinar el misterio de los caracteres mexicanos; que la materia de la "Coatlicue" no era de piedra arenaria de la especie 156 de las que describió Valmont de Bomare en su mineralogía; que era incorrecto señalar que Cristóbal del Castillo, autor de la historia manuscrita en Lengua Mexicana, fuera indio, ya que era mestizo, como bien lo señalaban Clavijero y Eguirra, y otras relativas a la imprecisión de León y Gama por sus contradicciones en astronomía. De seguro muchas de las objeciones de Alzate fueron fundadas, y León y Gama

las pasó por alto. Pero dio respuesta al grueso de ellas.

Su propósito era responder solamente a aquellas proposiciones que pudieran "hacer alguna impresión a las personas menos instruidas en el asunto de que tratan, para que sirvan de aclarar más las que llevo asentadas en la descripción antecedente". Sin embargo, esta vez, la respuesta, que no llega a ver publicada, solamente tiene, ya en la edición preparada por Carlos María de Bustamante, 45 páginas impresas. Al estimar que no se hallarán nuevos objetos en la Plaza Mayor, con lo cual se equivoca, cree de provecho extenderse en la descripción y el estudio de otros antiguos monumentos existentes en la ciudad sin descuidar, desde luego, la descripción de los nuevos descubrimientos, que era, recuérdese, el propósito inicial.

Finalmente terminado el extenso manuscrito con el título de "Advertencias Anti-Críticas", lo entrega en el año de 1794 para su impresión al Coronel de Nueva Galicia Antonio Obregón, pero la muerte de éste corta su deseado proyecto que queda sepultado en el olvido.

Para 1802 Antonio de León y Gama fallece en la ciudad de México.

Treinta y cuatro años más tarde, en 1828, el manuscrito de León y Gama tiene la fortuna de llegar a manos de quien ahora sí será su editor: Carlos María de Bustamante. El escrito de León y Gama ya no será, como dijera de otros tantos el mismo Bustamante, pasto de la polilla de las viejas librerías.

A Bustamante corresponderá así, no sólo la distinción de llevar a buen término el erudito y pionero proyecto de León y Gama, que por cierto siempre estimó como continuación de su "Descripción" sino el mérito de ser el puente que une y vivifica a León y Gama con su tiempo. Con su edición puso punto final a un inconcluso deseo de León y Gama y a una disputa hacía largo tiempo emprendida. El esfuerzo de Bustamante revaloraba a León y Gama y a la historia antigua de México, y arrojaba luces sobre la primera visión criolla del Siglo XVIII sobre estos testimonios que hoy forman uno de nuestros más caros legados. Bustamante contó con la ayuda de Lucas Alamán para la edición de la obra de León y Gama. Parece ser que también el Museo Nacional contribuyó con doscientos pesos a su edición. Decidió Bustamante reimprimir la edición de la primera parte del estudio de 1792 por estar agotada y estimar que la



segunda parte, inédita, no se comprendería sin la primera. Preparó la edición completa, y el 28 de marzo de 1832 la dio por terminada. La puso en circulación con detalladas notas, la biografía de su autor, y cinco grabados, dos de ellos no incluidos en la edición de 1792, uno de ellos el del *relox solar meridional que usaban los antiguos mexicanos*. Es de las ediciones que hacen honor a la tipografía y diseño de libros en el Siglo XIX. Al poco tiempo, nos dice Bustamante, se comenzó a traducir al inglés. La insistencia de Bustamante por difundir y comentar tantos textos coloniales, encontraba una vez más en el de León y Gama el punto de arranque sobre el que se debería de edificar la historia nacional que estaba por hacerse.

Confluyen así, en esta obra, dos personalidades irremplazables del acervo cultural nacional: León y Gama y Bustamante. Los hallazgos, a su vez, engrosan la rica crónica de esta ciudad capital, la que mucho alabara en el año de 1604 el gran Bernardo de Balbuena, y de la que dejara rico testimonio en el año de 1628 Juan Gómez de Trasmonte entre otros numerosos mexicanos de entonces, con su plano "Forma y Levantamiento de la Ciudad de México".

Del gran León y Gama, nos han dejado noticias José Mariano Beristain de Souza, en su ya célebre Biblioteca Hispanoamericana septentrional, el señalado Pedro

Márquez y Carlos María de Bustamante, que al tiempo que enriqueció las de León y Gama, utilizó las de los dos primeros para "presentar a la posteridad un breve relato" de quien debía "respetarse hasta en su sombra".

Nació Antonio de León y Gama en la ciudad de México en el año de 1735 y falleció en la misma, como se señaló, el 12 de septiembre de 1802. Fue sepultado en la iglesia de la Profesa, y la Gaceta, nos dice Beristain, le dedicó digno elogio el 8 de octubre de ese año. Vivió con escasa fortuna, y así murió.¹

Discípulo del jesuítico Colegio de San Ildefonso, fue guadalupanista ferviente, exponente acabado de la ilustración criolla novohispana; publicó buen número de trabajos además de su célebre descripción, en los que dejó patente vocación y talento.

Casi nada escapó a su curiosidad ilustrada y a su celo por lo mexicano. Algunas de sus obras, de las que también Beristain nos da noticia, así lo evidencian: *Descripción ortográfica universal del eclipse de sol, observado en Méjico el 24 de Junio de 1778*; *Disertación sobre el uso medicinal de las largatijas de Guatemala*, obra con la cual, nos aclara Bustamante, pudo poner en claro León y Gama el uso que de ellas convendría hacer o no, sin peligro; previo examen de las muchas especies de lagartijas que nacían en aquel Reino, con las noticias y experiencias de los antiguos mexicanos, y los físicos de Europa; *Impugnación de N. sobre el hallazgo de la cuadratura del círculo*; *Disertación física sobre la materia y formación de las Auroras Boreales*, que sacó a luz con motivo de "la extraña aurora que apareció en Méjico el 14 de noviembre de 1789, consternando al vulgo de todas clases"; y los manuscritos: *Historia Guadalupana; rescatado de Málaga, España, por el P. Mariano Cuevas. Cronología completa de los megicanos; y numérica y gnomónica de los megicanos; y Perspectiva práctica* para los estudiosos del dibujo y la pintura.

Catedrático de Mecánica, Aerometría y Pirotecnia del nuevo seminario de Minería, León y Gama se vio en la necesidad de aprender el mexicano como requisito para sus investigaciones. Él mismo nos lo cuenta: "me fue preciso solicitar intérpretes que tradujeran las relaciones manuscritas de los mismos indios; pero viendo que estos ni podían

¹ J.M. Beristain de Souza, Biblioteca Hispanoamericana Septentrional, México, oficina de A. Alexandro Valdés, 1819, T. II, p. 9.

RECUPERAR LA MEMORIA*

Por Jorge González Durán

Un saludo a la buena voluntad de los presentes. Entre ellos a José Luis Martínez y a Alf Chumacero, a quienes veo poco. Debo decirles a ustedes y a ellos que la evocación que sigue arranca de los años treinta. Difícil es decir, por el poco uso que hago de mis recuerdos, a quién de los dos conocí primero. Fue en la ciudad de Guadalajara. Disfrutamos y padecimos muchas cosas juntos, que han permitido prolongar una amistad plena de afinidades y diferencias. Fuimos y seguimos siendo como cada uno es. Buena educación había en la escuela preparatoria del Estado. Excelentes maestros. Buena música. Acceso a libros. A los de Alf Chumacero y a otros más. Dialogar se hizo una necesidad. La capital de Jalisco era urbana y rural al mismo tiempo. De repente, a una cuadra de distancia salía el campo. Ranas y milpas. Jícamas de las barranquitas. Nos íbamos familiarizando con lo que había y distribuyéndonos las ganancias: el trato con nuevos amigos y maestros y sobre todo una nueva dimensión de las palabras que yo no sé como comenzó a crecer y fructificar. Comenzamos a vivir en un lenguaje. No supimos la importancia de esto sino muchos años después. Los comentarios de las lecturas, hechos, problemas, acontecimientos iban dejando un residuo, un fondo común de expresión, cada vez más significativo y actuante.

También como otras capitales de provincia, de alguna manera aspirábamos a vivir en la Atenas de México. Fuimos griegos en parte gracias a Vasconcelos. No sentíamos la atracción gravitatoria de la ciudad de México. Ellos allá y nosotros en nuestro sitio. Teníamos seguridad en lo que hacíamos, como buenos adolescentes de barrio. Nos defendía la sencillez y la modestia de la vida. Teníamos la impresión de poder vivir sin las complicaciones de la fortuna y del poder. Esto después fue grave porque no recibimos ciertas vacunas a tiempo y pronto nos dimos cuenta de que los desajustes que conocíamos en nuestra ciudad capital

leer aquella letra antigua, ni correspondía su traducción a la historia; me resolví a tomar el trabajo de aprenderlo, ...lo que al principio había sido una mera curiosidad, se convirtió en un particular estudio, ... así pasé más de doce años", concluye.

No se quedará corto al advertir al lector del acervo de datos que requirió para sus trabajos: "36 años de manejo de papeles y procesos antiguos de indios y españoles, desde que se estableció la primera real audiencia, donde se encuentran pinturas y otros preciosos documentos de aquellos tiempos... la gran copia de relaciones históricas y mapas que poseo: la noticia de las 170 jurisdicciones que comprendía la Gobernación de Nueva España y finalmente unos medianos conocimientos de la geografía, cronología y astronomía, con que he conseguido verificar muchos pasajes oscuros y errados".² Por su parte, la vida y trabajos de Carlos María de Bustamante son bien conocidos. Él mismo publicó su autobiografía.³ Escritor incansable, que a juicio de Icazbalceta, nos dice Ernesto Lemoine, "hizo sudar las prensas", coincide con León y Gama en su vasta erudición. Leyeron más o menos los mismos autores y orientaron sus esfuerzos a la difusión de un pasado que consideraron plagado de errores o mala fe. A Bustamante, que nació en Oaxaca en 1774, lo encontramos para 1806 como abogado de las reales audiencias de Nueva España y del ilustre Colegio de la Capital. Periodista, historiador y diputado, tomó partido por la Independencia, demostrando en sus obras en estilo casi nunca acabado, el fundamento inobjetable del movimiento insurgente del cura Hidalgo. Bustamante, que murió en la ciudad de México en el doloroso año de 1848, tuvo una capacidad de trabajo que no igualaron sus contemporáneos. Su vasta obra es un reflejo y un legado de su visión de los "grandes acontecimientos", visión en que la independencia le otorga, felizmente, un terreno intelectual de referencias más amplias.

Su arsenal libresco para conocer la historia pasada y entender la historia que se hacía, abarcó de hecho la bibliografía más importante de su época: Cortés, Bernal Díaz, Las Casas, Acosta, Herrera,

Torquemada, Palafox, Solís, Sigüenza, Boturini, Lorenzana, Clavijero, León y Gama, Alzate y la *Gaceta de México*.⁴

Lo que León y Gama dijo sobre la Coatlicue y el calendario fue lo primero que se dijo de estas monumentales obras de Arte azteca en un siglo XVIII de esplendor intelectual que finalizaba.

Inmerso en la ilustración novohispana comprendió que frente a su siglo se oponía paralela la antigua historia de México, para afirmar, así fuera desdibujadamente, la doble raíz a la que era imperativo acudir a los criollos de entonces. No se negaría en consecuencia, la tradición colonial, pero si debería recuperarse lo mexicano como tradición cultural que debía proyectarse al tiempo de cambio que algunos intuían.

León y Gama consideró que la Coatlicue tenía varios significados. La vio más como conocedor de la historia, y científico y dejó a un lado apreciaciones estéticas de temprana formulación. Vio en el Calendario Azteca o Piedra del Sol, la astronomía, el repartimiento del tiempo y la distribución por periodos de los mexicanos, y al igual que a la Coatlicue, la describió extensa y eruditamente basado en el empleo de sus numerosas fuentes. El peso y magnitud de esta piedra "calcaria, dura y compacta", y la forma en que se transportó hasta el lugar de su hallazgo, le sorprendió, y sobre esto formuló buen número de análisis técnicos que no dejan de estar presentes a lo largo de su trabajo. Reconoció sin embargo que era difícil comprender estos monumentos pues señalaba "por no decirse cosa alguna de ellas en las historias, no pueden fácilmente conocerse; y sólo se deben inferir, combinando razones de las mismas historias".⁵

Desde la publicación del trabajo de León y Gama, nuevas y variadas interpretaciones se han dado a estas obras aztecas. De él parte el intento que desde entonces ha revalorado en su totalidad estas todavía complejas expresiones

⁴ E. Lemoine, *op. cit.* p. VIII; También, C.M. de Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México*, México, imp. de Valdés, 1835, p. 1, en donde el autor da una interesante referencia a otras fuentes de consulta.

⁵ A. de León y Gama, *op. cit.*, p. 109.

² Antonio León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las Dos Piedras*. México, 1832, 2a. Ed. de C.M. Bustamante, p. 3-5, segunda parte.

³ Véase al respecto, Ernesto Lemoine, *Carlos María de Bustamante y su "Apologética Historia" de la Revolución de 1810*. México, UNAM, 1984, p. VI y ss. (Colección "Argumentos").

Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las Dos Piedras, que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*. México Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1832. (2a. Edición de Carlos María de Bustamante) viii, 114 pp. (1a. parte); 5 ils., 148 pp. (2a. parte), 20.5 cm.